

realidad. ¿Por qué Guaugau no podría ser un buen amigo de don Ratuso, por ejemplo? ¿Y por qué la naturaleza tiránica ha de prohibirle al alado chincolito que se pose y cante en las copas de los árboles, o a la lloica, que muestre la rosa de su herida desde lo alto de una rama?

Sin esfuerzo, sin proponérselo acaso, con sólo su buena voluntad y su cariño para los pequeños lectores, que en adelante serán sus admiradores, Luis Durand ha escrito uno de sus libros más amenos y más livianos.—GUILLERMO KOENENKAMP.



ROMEO SALINAS Y LA POESÍA CHINA

La aparición del segundo volumen de «Poesías de la Antigua China», verdadero motivo de orgullo para nuestras letras y para la literatura hispano-americana en general, ha venido a demostrar una vez más las extraordinarias cualidades de Romeo Salinas como traductor y poeta. Su primer volumen de poesías chinas, de contenido y presentación tan primorosos como el que le siguió, fué una sorpresa para nuestro público culto; él reveló todo un maravilloso mundo de belleza y de poesía apenas entrevisto; dándonos a conocer algunos magníficos exponentes de la constelación poética del Celeste Imperio: Li-tai-po, Tu-Fu, Tao-Chien, Po-chu-I y otros célebres clásicos cuya fama se extiende por todo Oriente. (Li-tai-po, llamado el Byron chino, es considerado por muchos como uno de los más grandes poetas del mundo). Estos y muchos otros poetas de la milenaria cultura china hallaron cabida en el libro que Romeo Salinas nos brindara como la mejor de las primicias en una bellísima edición: versos de rara sencillez, ajenos a toda pretensión, de corte perfecto y de belleza «quintaesenciada», como dijera Mario Osses en su prólogo, y luego Don David Perry en un interesante artículo publicado en esta revista, pletórico de jades, ámbar, dra-

gonas y «sedosos quimonos» (que no son chinos, como se sabe, sino japoneses...).

Este libro ha sido completado y enriquecido por Romeo Salinas con el segundo volumen cuya publicación constituyó, recientemente, un señalado suceso artístico; desde entonces han venido sucediéndose los comentarios y los juicios elogiosos en torno a la obra, en los cuales nuestros mejores críticos han puesto de relieve la labor del excelente poeta que hay en Romeo Salinas. Las poesías que él ofrece en toda su exquisita belleza para delicia de paladares refinados, son otras tantas mágicas llaves que nos abren las puertas de un arte de insospechados encantos: el arte de aquel Celeste Imperio tan admirado y alabado por tantos, y, sin embargo, tan poco conocido. Ellas nos dan una idea acerca de lo que fué aquella cultura vieja como el mundo, y, como él, inmensa y multiforme, variada y rica en sus diversos aspectos, y, al mismo tiempo, completa y armoniosa como pocas. La asombrosa diversidad de este país, su larguísima historia, que se pierde en la noche de los tiempos y su difícil idioma, constituyen obstáculos casi insalvables para todo aquel que desee adentrarse en las múltiples creaciones y compenetrarse con el espíritu de un pueblo que, como ningún otro de la tierra, ama y venera a sus poetas y filósofos. ¡Cuán exacto es ese viejo proverbio del tiempo de Confucio: «Quien quiera conocer China tiene que vivir cien vidas»! (1).

La China ha sido considerada durante largo tiempo—dice Paul Valéry—como un universo aparte, poblado de seres extraños e inverosímiles a quienes se atribuía las más heterogéneas características: sabiduría e ignorancia, filosofía y mil supersticiones, austeridad e inauditos refinamientos, ingenuidad e incomparable sutileza, etc. Todos estos elementos mezclábanse en una idea confusa, en la que predominaban los caracteres de lo extraordinario y de lo incomprensible. Inventaban la brújula

(1) Citado por el Dr. Juan Marín en su libro «El alma de la China».

la, pero no creaban escuadras para surcar los mares y hacer descubrimientos geográficos; inventaban la pólvora, y disipaban el prodigioso invento en la poliorromía de inverosímiles fuegos de artificio, con los cuales alegraban sus festividades; este mismo invento, convertido en obuses por obra del «Progreso»—llamado con razón «el peor enemigo de la Humanidad»—destruye hoy implacablemente las ciudades chinas... Nadie se atrevería a situar este pueblo inmenso y antiquísimo en medio de las civilizaciones que nos son familiares.

No obstante, todas las barreras caen al sortilegio de estos versos, desconocidos hasta ahora entre nosotros, a través de los cuales logramos captar la esencia íntima de la milenaria nación. Es el Arte quien realiza el milagro, mostrándonos todo el genio de esos espíritus sutilísimos, quienes, como pocos, sabían alcanzar el elevado horizonte de las supremas creaciones de la belleza. Pues el alma humana es idéntica en todas las partes cuando responde a los sublimes llamados del Arte y del sentimiento, y, en este sentido, las obras de los clásicos del Celeste Imperio nos ayudan a acercarnos al alma de un pueblo artista, enamorado de la gracia y la armonía.

Los descabellados constructores de la Gran Muralla y de las frágiles y graciosas pagodas de porcelana, los maravillosos artífices de las lacas y de los jades eran también delicados poetas a quienes el amor, la amistad, la tristeza o la alegría arrancaban conmovedores acentos. Los incomparables inventores de la seda y de la porcelana sabían estremecerse ante el espejo de plata de un lago y cantar la brisa del norte murmurando entre las ramas del cerezo en flor. En sus poemas nos descubren los rincones de su alma, que son los de toda la Humanidad. Bajo todos los ropajes, el corazón humano será siempre el mismo, y el talento, tanto ayer como hoy, habrá de prodigar sus dorados frutos, variando tan sólo en la manera de producir, sujeta, como todo, a los caprichos del tiempo y a las tendencias de cada época.

Mil años antes que el célebre Rodrigo Caro escribiera su

«Oda a las ruinas de Itálica», un emperador del Celeste Imperio desgranada su melancolía ante la arruinada ciudad de Lo-Yang, otrora rica y poderosa, y escribía un poema no menos perfecto que aquel que nos legara el vate andaluz. En tiempo de los Tang, Tiu-Kiu, cortesana de Nankín y excelente poetisa, se anticipaba a Ronsard, y, en palabras muy semejantes a las de éste, lanzaba un mensaje de vida y de realización plena:

Amigo, quiero darte un consejo:

La juventud camina velozmente;

amigo, coge la flor a tiempo.

No esperes la caída de los pétalos, etc.

En Arte, donde sólo importa la perfección, la idea de progreso no cuenta para nada; cada etapa, por separado, tiene su valor. No hay que olvidar que es el pasado quien engendra lo que nuestros ojos ven. Ese movimiento del «retour a la nature», de Rousseau, fué precedido en China, 2 mil años antes, por la poderosa corriente filosófica fundada por Lao-Tsé, quien esparció por todo el país una doctrina basada en el renunciamiento y en el contacto íntimo con la naturaleza. El poeta Tao-Chien (365-429) es quien mejor encarna estos ideales; hay en él una preocupación constante por los destinos del hombre y por el profundo sentido de aquello que lo rodea. Chu-Yuan, uno de los más grandes líricos de China, muestra una evidente influencia taoísta:

Yo franqueo la zona de la no-acción

y me acerco al sublime comienzo de todas las cosas.

Se podría afirmar que la Naturaleza domina toda la poesía china; ella es la fuente de toda inspiración, tanto en la alada y grácil poesía de la época Tang, como en aquella más sentimental y consistente que se desarrolla bajo los Sung. Ella es indispensable para expresar estados de alma.

¡Mi corazón lamenta
todas las flores que el rocío ha marchitado!

exclama Li-tai-po, compartiendo el duelo de la naturaleza otoñal. Hay una verdadera identificación del paisaje y del yo; el poeta y la naturaleza se funden íntimamente:

Suspiro mientras las hojas amarillas caen de las ramas
y lloro mientras el rocío blanco brilla sobre el césped...

Ella también puede ofrecer un refugio, una posibilidad de evasión:

En el fondo del bosque, en lo más hondo
vengo a ocultar el tedio de mi vida...

dice Wang-Wei, cuya obra es un gran canto a la Naturaleza. Tao-Yun, famosa poetisa y mujer muy desgraciada, abrumada por los infortunios, sueña con fugarse a un paraje agreste y desolado: (1).

...El tiempo inexorable
ha cambiado mi vida;
para huir del destino
buscaré algún refugio
en aquella hondonada.
Y en su tosco misterio
de contornos azules
y en su eterno silencio
bajo el techo de nubes,

(1) El poema se titula «En la montaña», y fué traducido por Romeo Salinas.

se secarán las hojas
o se abrirán las flores,
y el tiempo inexorable
continuará rodando
sin que nadie lo note.

El mismo Wang-Wei, poeta, pintor y filósofo de la época Tang, resume en un hermoso pasaje todo el amor que siente por esa naturaleza que, para él, es fuente de inefables alegrías: «Contemplar las nubes de Otoño con una ardiente exaltación del alma, sentir con plenitud de goce la brisa de la Primavera jugando libre y salvaje en torno a nosotros... ¿Quién podría preferir la posesión del oro y de las joyas más preciosas a estas delicias? Y después, desenvolver de su rollo la seda dócil y trasladar a ella las glorias del agua que fluye y se despeña, la verde selva, el viento potente y la nivea espuma de la cascada rumorosa». Así se expresaban, hace 1400 años, un poeta de la lejana China, mientras Occidente atravesaba por período de obscuridad e ignorancia sin precedente. Los chinos eran entonces gobernados por eminentes literatos bajo los cuales el país alcanzaba una prosperidad nunca superada. Los emperadores de la dinastía Tang—la Edad de Oro de la poesía china—espíritus sensibles y refinados, hacían florecer en sus cortes todas las artes y creaban una atmósfera de exquisitez que es el asombro de las generaciones posteriores. Poetas ellos mismos, y poetas los altos dignatarios de sus cortes, rivalizaban en los torneos poéticos con los mayores ingenios de su época. Casi todos sus consejeros y generales se dedicaban a las labores literarias, hilvanando sutiles y delicadas imágenes poéticas y escribiendo en verso toda su correspondencia particular. El emperador-artista Ming Huang, amante de la hermosa Yang-Kwei-fei de gloriosa memoria—, ejerció el más brillante mecenato que registra la historia literaria china. Estos célebres amantes, protectores generosos de poetas y artistas, convirtieron el Palacio Imperial en un ver-

dadero Parnaso y fueron cantados por todos los poetas de su tiempo. Durante este reinado florecieron Li-tai-po y Tu-Fu, «los inmortales». Ambos celebraron la belleza de la favorita, llamada a menudo «la Pompadour de China», y las magnificencias de la vida cortesana en aquel «Versailles oriental».

Ella arrastra en sus vestidos la gloria de las nubes
y la frescura de las flores luce en su rostro...

dice un poeta refiriéndose a Yang-Kwei-fei, la cual danzaba y tocaba el laúd en los festines que su real amante organizaba para reunir a sus poetas predilectos: «cada paso suyo hacía brotar de la tierra un lirio...».

La hermosa favorita tuvo un fin trágico, y Li-tai-po, su genial poeta, pereció ahogado en un río durante un plenilunio: cayó a la corriente al inclinarse para coger la luna, su «vieja amiga», que se reflejaba sobre el agua...

Los poetas de esta dinastía cantaban las flautas de jade, a cuyos sonos danzaban las bailarinas imperiales en los festines; los paseos en barca, «cuando la tarde cae», por el lago, en cuyas tranquilas aguas «los jóvenes nobles sumergen sus dedos enjovados»; la luna plateada entre las colinas, «que argenta los laúdes y envuelve con su seda blanca el río y la ciudad». Li-tai-po, el poeta que habitaba «un cielo y una tierra ignorados de los hombres, donde el agua fluye quieta y el duraznero está siempre florido», describía «la blancura del rocío de la noche humedeciendo el escaipín de seda de una bella, mientras ésta contempla la luna sobre la escalinata de jade del palacio». Los motivos de inspiración fueron no menos delicados en la dinastía que precedió a los Tang, cuyos emperadores fueron casi todos pintores y poetas. Bajo su reinado se desarrolló un género de poesía increíblemente refinado y decadente, «todo flores y rayos de luna», el cual era el mayor deleite de estos monarcas. Yuan-ti,

autor de bellísimas composiciones, es el más representativo de ellos; llegó hasta el trono asesinando implacablemente a quienes se le oponían (entre éstos, su propio hermano) y cuando fué destronado, nuevo Sardanápalo, hacinó en una inmensa hoguera todas sus obras de arte, exclamando: «¡Perezca conmigo toda la cultura de los Liang!». Con él terminó esta extraña dinastía.

Los emperadores de las dinastías Sung y Ming, dignos sucesores de los Tang, y, como éstos, también espléndidos mecenas, presidían fantásticos festivales en sus palacios encantados de Nankín, en los que alternaban la música y las competencias poéticas. La pompa de estos fastuosos espectáculos, según los historiadores, no fué jamás superada. El fin de la dinastía Sung fué desgraciado; su último emperador, bibliómano y coleccionista de obras de arte y objetos preciosos, fué sorprendido y hecho prisionero por los tártaros en su biblioteca mientras examinaba antiguos códices, muriendo después de diez años de penoso cautiverio.

Tal es el aspecto que nos ofrece la China en el período correspondiente a nuestra Edad Media. Si retrocedemos aún más, nos encontraremos con Wu-ti y su ilustrada corte, quienes combinaban los afanes y cuidados de la dirección del vasto imperio con toda suerte de placeres artísticos. Wu-ti unía un alma de poeta y de filósofo a sus excepcionales dotes de gobernante y de esclarecido estadista; fué, pues, una viviente refutación de aquel principio formulado posteriormente por Erasmo, que dice que los filósofos han sido y serán siempre los peores gobernantes. En el pináculo de la gloria, amado por sus súbditos y respetado por sus vecinos, un día, mientras era conducido en triunfo en su suntuosa barca al son de músicas y vítores, escribía un poema titulado «El viento del Otoño», en el cual el anciano emperador se hacía amargas reflexiones sobre su perdida juventud y sobre lo efímero de la existencia:

...el recuerdo me asalta de otros tiempos
que ya se fueron como las hojas secas.
¡Los años de juventud son tan escasos
y la vejez tan cierta...!

¿Qué otro rey, exceptuando a Salomón, podría comparársele? A él debe el idioma chino uno de sus más bellos poemas, que el emperador escribiera en su juventud después de la muerte de su amada Li-Fu-Yen (1).

En tiempos más recientes, (siglo XVIII), el famoso emperador Chien-Lung, prodigioso artista y gran impulsador de toda clase de actividades culturales, «legó a la posteridad más de treinta mil poemas, gran cantidad de los cuales se conservan grabados en los mármoles de los monumentos» (2). Con razón se ha dicho que la poesía ha sido en China un arte cortesano, patrimonio de emperadores, favoritas y altos funcionarios. Po-Chu-I, príncipe de los Poetas chinos, ocupó el cargo de mandarín durante largos años. Cuentan que al llegar una vez a la capital de la lejana provincia que se le había asignado, su primer acto fué hacer plantar fragantes sándalos, cerezos, acacias y otros árboles que amaba en los jardines del palacio en que iba a residir. En estos jardines, «bajo una lluvia de pétalos», el viejo gobernador pasaba largas horas componiendo poemas y admirando las azules montañas que servían de fondo al paisaje de su capital.

La poesía china es, pues, un arte cortesano. De ahí su refinamiento y su elegancia. En esa delicadeza, en esa gracia alada y envolvente reside uno de sus principales encantos. Todo parece flotar en un mundo irreal, de ensueño:

(1) Este poema figura en el tomo II de «Poesías de la Antigua China», y ha sido reproducido íntegramente en los comentarios hechos a propósito del libro.

(2) Juan Marín, «El alma de la China».

«En una barca de madera de canela con remos de orquídeas, atravesamos los rayos de luna, ascendiendo en arroyos de luz...»

escribe Su-Tung-Po, gran poeta y estadista de la época Sung. El poeta trata sus temas con finura y suavidad, con rasgos armoniosos y apenas esbozados:

«No he podido dormir. La noche es clara.
Sobre mi lecho cae suavemente
un reguero de plata.
En el silencio de la noche escucho
una voz desprendida de la nada,
y la misma nada le responde Sí.
.....
la luna, desgranándose en mi lecho,
no me deja dormir...»

dice una de las canciones «Tzu». El poeta deja ancho campo a la sugerencia, que es la magia que anima el verso chino. Todo él es en tono menor, confidencial, de diseño fugitivo y ajeno a la estridencia. No existen en él las pasiones desatadas, el desbordamiento emocional y aquel terror a la muerte tan común en los poetas occidentales; el poema épico, heroico y grandioso tampoco existe en esta poesía. Los chinos, espíritus sutiles y ultrasensibles, aman la medida, el equilibrio, la serenidad. Con cuánta razón ha escrito un filósofo inglés: «en la vida, el pueblo chino tiende a ser razonable, y en el arte, a ser exquisito». La enorme difusión de la poesía entre los chinos no nos asombra; después de contemplar los objetos artísticos de este país, de sin igual colorido, con figuras de princesas de ojos almendrados en medio de suaves paisajes...

Fué Judith Gautier, hija del inmortal Teófilo Gautier, quien por vez primera entregó al público europeo traducciones de poemas chinos en su obra «Le livre de jade». Su autora sabía chino,

hacía versos en esa lengua, y, junto con Loti y con los hermanos Goncourt, introdujo el gusto por lo exótico en las letras francesas. De ella proviene el elemento oriental que hay en Rubén Darío, sobre el cual esa lectura ejerció gran influencia. Ahora, es nuestro compatriota Romeo Salinas quien nos presenta las poesías chinas en nuestro propio idioma. La tarea que ha emprendido es digna del mejor aplauso, pues este género de obras, además de ser un ferviente homenaje a la cultura y al talento de todos los tiempos, viene a enriquecer el ambiente artístico de nuestra capital, dotándolo de un elemento que, en sí, es la más genuina expresión de belleza.—SERVANDO SACALUGA R.

Viña del Mar, diciembre 1948.



FLORA TRISTÁN PRECURSORA DEL MOVIMIENTO OBRERO
Y FEMINISTA, por J. C. J.

Entre los precursores del movimiento obrero y feminista se distingue una mujer notable y poco conocida, Flora Tristán, de origen franco-peruano, la primera que lanzó el llamado de unión a la clase obrera y, también, la primera que llevó a cabo una cruzada ardorosa por realizarla prácticamente. De la biografía de Jules L. Puech: «La vida y la obra de Flora Tristán», y del trabajo más reciente de Charles Kunstler: «Flora Tristán», sintetizamos los datos más interesantes de su existencia y de su obra.

Flora Tristán Laisney nació en París el 7 de abril de 1803 de la unión religiosa del coronel peruano don Mariano Tristán Moscoso y de la dama francesa doña Teresa Laisney, realizada en la ciudad de Bilbao. Flora perdió a su padre a la edad de 6 años y vivió con su madre en una miseria total hasta los 17 años, en que casó con el litógrafo André Chazal, en cuya casa había entrado en calidad de obrera. Fué desgraciada en su